

SUFRIMIENTO HUMANO, BIEN Y REDENCIÓN, HOY
Las dimensiones del sufrimiento humano según San Juan Pablo Magno¹

*A mi Mamá:
lo único definitivo en mi vida*

**«Porque el hombre, en su sufrimiento,
es un misterio intangible»
(*Salvifici doloris*, n. 4)**

1. El sufrimiento en la vida de Juan Pablo II

La santidad vivida en el sufrimiento, en la enfermedad, en el acercarse al final, creo que ha sido uno de los dones más preciosos que Karol Wojtyła nos ha dejado².

Uno de los colaboradores más cercanos a Juan Pablo II no dudó en afirmar: «Nadie mejor que él puede hablar del sufrimiento. El dolor está escrito en su rostro. Su figura está doblada y camina con dificultad. Se apoya en el báculo, que termina en una cruz». Se trata del cardenal Ratzinger. Cuando se realizaron los funerales del papa polaco, con un punto álgido en la celebración de la Misa de exequias por su muerte, llamó nuestra atención de espectadores con un cartel que decía «*Santo subito*». No teníamos duda acerca de la verdad allí manifestada. En esa ocasión, se encontraba yaciente ese pontífice que se había movido como nadie para acercarnos a Cristo. Sin embargo, al final de su vida, ya no pudo hablar *urbi et orbi*. Tampoco caminar ni desplazarse por sus propios medios.

Hacía tiempo que babeaba, temblaba y tenía mala dicción por sufrir mal de Parkinson. Muchos suponían -querían hacernos creer- que ni siquiera podía pensar con autonomía y, menos aún, gobernar la Iglesia con lucidez y decisión. Decrépito, sin vergüenza, siguió mostrándose en público, sostenido en la integridad de su dignidad humana personal. El padecimiento que afrontó desde muchos sectores -también dentro de la Iglesia- pues querían que renunciara, lo llevó como fruto de su reflexión a afirmar: «Si Cristo se hubiera bajado de la cruz, yo tendría derecho a renunciar». En el postrero Viernes Santo, en el *Via crucis* que rezaba todos los días, sólo pudo tomar un crucifijo y aferrarse. En sus últimos días, postrado, con infección generalizada, pero consciente, miraba la imagen del *Ecce homo* que tenía en su alcoba. Era la que mejor expresaba los maravillosos y luminosos pasajes de la *Gaudium et spes* en los que el entonces cardenal Wojtyła había tenido tanta injerencia: «Sólo Cristo le muestra al hombre quién es el hombre» (n. 22) y «la persona es sincero don de sí» (n. 24).

¹ El presente trabajo de investigación ha sido realizado dentro del marco de la Pontificia Universidad Católica Argentina, en la cual soy profesora, tanto en la Facultad de Derecho como en la de Filosofía y Letras.

² DZIWIŚ, STANISŁAW: *He vivido con un santo*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2014, p. 164.

Antes, en numerosas ocasiones, había entrado y salido del Policlínico Gemelli al que con una humorada nominaba «el Vaticano III», tercera alternativa de residencia. Ahí fue por el atentado del 13 de mayo de 1981, pasando una prolongada estancia por sus consecuencias. Y luego, también, por la quebradura de cadera, que le impidió volver a esquiar -uno de sus placeres- y por problemas gástricos y respiratorios, entre otros. Don Estanislao cuenta cómo en sus últimos días también hubo de renunciar al sentido del gusto³.

La vida de Juan Pablo II ha estado signada por el dolor de las pérdidas. Desde la hermana mayor que no conoció, pues murió antes de que él naciera, y la enfermedad y muerte prematura de su madre, cuando «Lolek» era un niño de ocho años, hasta el alejamiento de su hermano ya médico a Bielsko (cerca de Cracovia) para tratar enfermos de escarlatina de los que se contagia fatalmente y también muere cuando el pequeño tenía doce años. Y, finalmente, a los veinte, la muerte de su padre, ya enfermo del corazón, que también lo abandonaba y al que él no pudo acompañar a morir. Como no quedaba nadie de su familia – salvo una tía lejana-, de mayor reconoció a uno de sus biógrafos⁴: «Nunca me sentí tan solo». Él mismo lo expresa como respuesta a Navarro-Valls respecto de otro significativo momento en su vida: «Recuerdo que, hablando con él del día de su ordenación sacerdotal en 1946, ya bajo la ocupación soviética, le pregunté quién le acompañaba en aquella ocasión: “A aquella edad -me respondió- había ya perdido todas las personas a quienes habría podido amar”»⁵. Pero, ¡qué soledad tan fructífera!

Ese hombre, Karol Wojtyła, ya pertenecía a una nación sufriente y trágica, caracterizada por una historia de despojos y atropellos, de invasiones y ocupaciones, que no sólo diezmaron su población y afectaron su organización político-soberana, sino que restringieron la libertad a su mínima expresión, anulando la libertad religiosa y atacando la libertad de la Iglesia. Vio el dolor hecho carne en sus compatriotas. Murieron compañeros de estudios y de seminario. Murieron judíos. Murieron católicos. Murieron amigos. Fueron maltratados y perseguidos los que como él resistían al agresor recitando en «catacumbas» los textos de los grandes poetas nacionalistas polacos. Sufrió pobreza, hambre, desalojo y soledad. Trabajó en una cantera picando piedra para evitar la deportación a un campo de concentración. Lo atropelló un

³DZIWIŚ, STANISŁAW: *He vivido con un santo*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2014, p. 147: «El Domingo de Pascua, Juan Pablo II acudió al refectorio para bendecir la mesa según la tradición polaca. Luego, deseaba probar los “alimentos bendecidos”, pero no ha sido capaz. Se veía el dolor en su rostro. Ha conseguido murmurar: “También de esto me ha privado el Señor”. Pero, enseguida, sometiéndose a la voluntad de Dios, ha añadido con un soplo de voz: “Hágase tu voluntad”».

⁴WEIGEL, GEORGE: *Biografía de Juan Pablo II. Testigo de esperanza*. Barcelona, Plaza y Janés, 1999.

⁵ NAVARRO-VALLS, JOAQUÍN: «Juan Pablo II y el misterio del sufrimiento humano» (Conferencia publicada el 23 de mayo de 2014).

camión y su conductor lo abandonó inconsciente y maltrecho a la vera del camino. Ya sacerdote y Obispo de Cracovia, daba clases en Lublin, estudiando mientras viajaba de noche. Como papa, sufrió un dolor impensado por la actitud de polacos que echaban a perder «lo que tanto nos ha costado conseguir»: la libertad que esas nuevas generaciones del poscomunismo dilapidaban y despilfarraban asimilándola a una concepción libertina más propia del liberalismo que de ser fruto de la verdad.

Su vida individual y social estuvo atravesada por las «ideologías del mal»⁶, enraizadas en el nazismo y en el comunismo. Sin embargo, fue instrumento para extraer bien de mal y transformar el odio de algunos en amor por todos. «Suplió en su carne»⁷, en silencio, con adultez, místicamente. Y comprendió visceralmente el sufrimiento de los enfermos, que siempre ocuparon un lugar preferencial en su reflexión sobre la Iglesia y en sus viajes apostólicos⁸. Incluso, la misma elección a la Cátedra de Pedro, que suponía vivir en Roma, también significó un doble desgarró: el abandono de su patria, Polonia, y de su diócesis, Cracovia.

Dolores en el cuerpo. Dolores en el alma. Padecimientos físicos. Padecimientos morales. Tristezas afectivas. Pesares culturales. Sufrimientos por Polonia. Sufrimientos por la Iglesia. Muerto, se dejaba ver el dolor en su rostro. Este Vicario de Cristo encarnó el Evangelio del sufrimiento. Hay en ello una clave diáfana de su última y más cabal enseñanza. De ese último e incontrastable mensaje *urbi et orbi*, el cardenal Dziwisz rescata unas palabras altamente significativas a quienes lo acompañaron en los momentos previos a su «regreso a la casa del Padre»: «¡No llores! Soy feliz. ¡Sean felices Uds.!».

Nadie mejor que su Secretario para hacernos partícipes de la vida interior de San Juan Pablo: «Sin previo aviso, experimentaba dolores penetrantes, muy fuertes, pero que él soportaba con paciencia. Decía que el dolor tiene un sentido, y no sólo lo decía, realizaba en su vida esta verdad difícil de aceptar. Bebía, por lo tanto, de su experiencia personal cuando escribió la carta apostólica *Salvifici doloris*»⁹.

⁶JUAN PABLO II: *Memoria e identidad. Conversaciones al filo de dos milenios*. Buenos Aires, Planeta, 2005, p. 16.

⁷ «Suplo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia» (*Col 1, 24*).

⁸Don Estanislao cuenta una anécdota sobre lo que Juan Pablo le dijera a la Madre Teresa al salir de la Casa de los Moribundos en Calcuta, que no le consta sea verídica, pero sí factible: «Si pudiese, sería Papa desde aquí» (DZIWISZ, STANISLAW: *Una vida con Karol*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2007, p. 165).

⁹DZIWISZ, STANISLAW: *He vivido con un santo*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2014, pp. 145-146.

2. El sufrimiento en el pensamiento de Juan Pablo II

Como espíritu objetivo que era, Wojtyła entendía que en el ser humano el sufrimiento es, sencillamente, inevitable. Por eso, siempre tuvo la convicción de que el «mundo del sufrimiento» -del cansancio, del hambre, de los deseos que no se realizan- y el «sufrimiento del mundo» -de la guerra, de la pérdida de la libertad, de los desastres naturales- son un único misterio que sólo recibe significado a la luz del sufrimiento de Cristo¹⁰.

El tratamiento principal y –si se quiere- más sistemático del sufrimiento humano y su sentido cristiano, se encuentra desplegado en la *Salvifici doloris*¹¹ (11/2/1984). Y lo hace en dos órdenes: el moral de la justicia, y el redentor del Amor. En el primer caso, la perspectiva es desde el hombre, poniendo el acento en el bien de lo creado; en el segundo, la óptica es desde Dios, principalmente Quien ama.

a. El mal. Aproximación a una respuesta sobre el sufrimiento

El hombre sufre cuando *experimenta cualquier mal* (SD, n. 7).

No es necesario aclarar que sufrir no es agradable ni deseable. De hecho, Santo Tomás presenta el dolor como un polo contrapuesto al placer¹². Sin embargo, con regularidad constatamos su existencia y su intromisión en nuestras vidas y en las de los que más queremos. De ahí, por lo menos, el planteo que puede hacerse al Autor de la naturaleza: por qué sufrimos, qué sentido tiene el sufrimiento en nuestra vida (SD, n. 9). Sufrir nos hace patente un mal. En tanto experiencia, el sufrimiento tiene una «dimensión subjetiva» que consiste en un «hecho personal», como tal, propio e «intransferible» (SD, n. 5). Muy significativa es su afirmación «la Sagrada Escritura es un gran *libro sobre el sufrimiento*» (SD, n.6)¹³.

Pero, al referirse al mal, alude a la «realidad objetiva» del sufrimiento, que se traduce en su consideración como problema¹⁴. Para develarlo, hemos de dejarnos conducir desde el mal hacia el bien a cuya pérdida él mismo nos remite¹⁵. En el Antiguo Testamento Dios se

¹⁰ NAVARRO-VALLS, JOAQUÍN: «Juan Pablo II y el misterio del sufrimiento humano» (23/5/2014).

¹¹ *Salvifici doloris*, en adelante SD.

¹² Cfr. *Summa Theologiae*, I-II, qq. 35-39, al tratar de la tristeza o dolor en cuanto tal, como una de las pasiones del apetito concupiscible. Para un análisis sobre este tipo de pasión, puede consultarse: ECHEVERRÍA, MARTÍN: «Las enfermedades mentales según Tomás de Aquino». *Scripta Mediaevalia*, 2008, N° 1, pp 91-115; y MEDINA DELGADILLO, JORGE: «Cinco remedios de Tomás de Aquino para el dolor y la tristeza». Actualización: 8/2/2017.

¹³ Resulta muy interesante la descripción de las distintas formas de dolor que trae con las citas bíblicas pertinentes del Antiguo Testamento (SD, n. 6) y los paralelismos con la vida sufriente de Juan Pablo en Polonia.

¹⁴ Cfr. *Audiencia General*, 23/3/1983, n. 2: «el problema del mal..., en determinadas condiciones de desconcierto físico, psicológico, espiritual, es dolor, sufrimiento, o incluso pecado».

¹⁵ Para un análisis completo acerca del dolor, sus formas y niveles de tratamiento, resulta excelente SANGUINETI, JUAN JOSÉ, Dolor, en Fernández Labastida, Francisco – Mercado, Juan Andrés (editores), *Philosophica: Enciclopedia filosófica online*, URL: <http://www.philosophica.info/archivo/2017/voces/dolor/Dolor.html>. Por

manifiesta como Creador que da el ser y el bien a su obra. Si el hombre consciente y libremente atenta contra ese bien, simultáneamente transgrede, también, la ley impuesta por el Supremo Legislador, que es Dios mismo, quien entonces, como Juez, castiga en justicia el mal moral de ese pecado. Desde esta perspectiva, el sufrimiento puede tener sentido exclusivamente como pena por el pecado y, por tanto, sólo en el campo de la justicia de Dios, que paga bien con bien y mal con mal: «*Al mal moral del pecado corresponde el castigo, que garantiza el orden moral en el mismo sentido trascendente, en el que este orden es establecido por la voluntad del Creador y Supremo Legislador... Dios es un juez justo, que premia el bien y castiga el mal*»¹⁶.

Pero esta revelación que alude a la justicia divina, se impregna directamente de los principios que rigen en el orden de la moral natural:

Para la conciencia moral de la humanidad, el orden moral objetivo requiere una pena por la transgresión, por el pecado y por el reato. El sufrimiento aparece, bajo este punto de vista como un «mal justificado». La convicción de quienes explican el sufrimiento como castigo del pecado, halla su apoyo en el orden de la justicia¹⁷.

Entonces, la dimensión personal de la pena es la penitencia:

Según esta dimensión, la pena tiene sentido no sólo porque sirve para pagar el mismo mal objetivo de la transgresión con otro mal, sino ante todo porque crea la posibilidad de reconstruir el bien en el mismo sujeto que sufre. Este es un aspecto importantísimo del sufrimiento... El sufrimiento debe servir *para la conversión*, es decir, *para la reconstrucción del bien* en el sujeto, que puede reconocer la misericordia divina en este llamado a la penitencia. La penitencia tiene como finalidad superar el mal, que bajo diversas formas está latente en el hombre, y consolidar el bien¹⁸.

No duda Juan Pablo en reconocer que el mal es el aspecto negativo del sufrimiento, la enfermedad y la muerte, producto tanto de la fragilidad natural del hombre como de las limitaciones que el pecado genera en él¹⁹. Incluso, especialmente, en distintas oportunidades señala la debilidad de la inteligencia humana para comprender naturalmente el misterio del dolor²⁰. Tampoco descuida el padecimiento del hombre inocente, cuyo sufrimiento no es

ej.: «el dolor es el lado afectivo del mal», tiene una dinámica de ley de vida, «la “autonomía” relativa del dolor es su propia consistencia».

¹⁶ SD, n. 10.

¹⁷ SD, n. 10.

¹⁸ SD, n. 12.

¹⁹ «No cedáis ante la tentación de considerar el dolor como una experiencia únicamente negativa, hasta el punto de dudar de la bondad de Dios. El sufrimiento y la enfermedad pertenecen a la condición del hombre, criatura frágil y limitada marcada desde su nacimiento por el pecado original» (*Mensaje para la Jornada Mundial del Enfermo de 1997*, 18/10/1996). Cfr. SD, n. 30; *Alocución a los enfermos y ancianos en Panonhalma, Hungría*, 6/9/1996; *Discurso al Movimiento Ayuda a los Desamparados*, 27/2/1987.

²⁰ «No cabe duda de que la enfermedad y el sufrimiento siguen siendo un límite y una prueba para la mente humana» (*Mensaje para la Jornada Mundial del Enfermo de 1997*, 18/10/1996). Cfr. *Discurso en el Hospital Regina Margherita*, 20/12/1981 y *Homilía en la Isla de Sorokdo*, 4/5/1984.

causado por una culpa, como es el caso del justo Job, en quien se anticipa la relación de Cristo con el sufrimiento y su superación.

b. La cruz. La respuesta sobre el sufrimiento

El mal del sufrimiento, en el misterio de la redención de Cristo, queda superado y de todos modos transformado: *se convierte en la fuerza para la liberación del mal*, para la victoria del bien²¹. *La cruz con Cristo* es la gran revelación del significado del dolor y del valor que tiene en la vida y en la historia²².

Con la Bula *Aperite portas Redemptori* (6/1/1983), San Juan Pablo inaugura el Año Santo de la Redención, cuya reflexión presenta a través de un conjunto de *Catequesis* (25/3/1983- 22/4/1984), en las que anticipa y sintetiza los planteos y el tratamiento desarrollados en la *Salvifici doloris*, pero desde la perspectiva de la cruz pues, a la luz de la fe, el sufrimiento es la cruz.

Dice Santo Tomás que «por medio de la cruz de Cristo se manifiesta un anonadamiento divino que tiene el poder de vencer al demonio y al mundo»²³. A partir de ello, «la cruz nos invita a *responder al Amor con el amor*... La inmensa gama de las cruces, grandes y pequeñas, tiende a fundirse en la única cruz»²⁴. Es *la cruz con Cristo* la que redime,

Es el camino obligado de la salvación y de la santificación. Para ser santos, podemos carecer de éste o de aquel carisma, de ésta o de aquella aptitud especial; pero no se nos puede dispensar del sufrimiento. Sufrir es un ingrediente necesario de la santidad. Como lo es el amor... que Cristo nos enseña y que... es un *amor crucificado*; un amor que expía y salva a través del sufrimiento²⁵.

El sufrimiento no tiene explicación adecuada fuera de la autorrevelación de Dios al hombre en la cruz de Cristo: «Jesús corrigió la opinión que consideraba el sufrimiento únicamente como castigo por el pecado. Él ha cambiado el sentido del dolor»²⁶, de tal manera que, «para comprender el sentido del sufrimiento, no se debe mirar tanto al hombre pecador, cuanto más bien a Cristo Jesús, su Redentor... En su rostro humano se transparenta una nobleza superior. Cristo realiza el ideal del hombre que, a través del dolor, lleva el valor de la existencia al nivel más alto»²⁷. Pero, si pretendemos responder a esas cruces humanas -que parecen coesenciales a nuestra naturaleza y, a veces, absurdas-, sin la referencia a la Cruz,

²¹ *Audiencia General*, 9/11/1988. Cfr. *SD*, n. 14: «La dimensión de la redención se refiere al sufrimiento en su sentido fundamental y definitivo»: Cristo toca «el mal en sus mismas raíces fundamentales... fijadas en el pecado y en la muerte».

²² *Audiencia General*, 30/3/1983.

²³ *Comentario a la primera Carta a los Corintios*, cap. 1, lect. III, n. 47.

²⁴ *Audiencia General*, 23/3/1983, n. 3.

²⁵ *Discurso a los enfermos en Turín, Italia*, 4/9/1988.

²⁶ *Audiencia General*, 27/4/1983, n. 1.

²⁷ *Audiencia General*, 27/4/1983, nn. 2-3.

nuestra respuesta sólo será de orden teórico y parcial²⁸. Es *la cruz sin Cristo* la que llevará a muchos a pensar que

El problema del mal y del dolor es una objeción contra la Providencia de Dios e, incluso a veces, contra su existencia. La realidad de la cruz se convierte entonces en un escándalo, porque se trata de una cruz sin Cristo: ¡la más pesada e insoportable, a veces terrible hasta la tragedia!²⁹.

3. ¿Una cultura del no-sufrimiento?

En una sociedad como la actual, que trata de construir su futuro sobre el bienestar y el consumismo y que lo valora todo según la eficacia y los beneficios, la enfermedad y el sufrimiento, que no pueden negarse, son alejados o vaciados de significado, con el intento ilusorio de superarlos solamente con los medios que pone a disposición el progreso de la ciencia y de la técnica³⁰. Desde este punto de vista, la Iglesia tiene un buen mensaje que hacer resonar dentro de la sociedad y de las culturas que, habiendo perdido el sentido del sufrir humano, silencian cualquier forma de hablar sobre esta dura realidad de la vida³¹.

Somos protagonistas en una sociedad que desprecia el sufrimiento y pretende hacer desconocida su realidad, en la cual cada hombre se encuentra humanamente comprometido. ¿Cuál es la razón de este rechazo? Lo primero que es conveniente considerar es la matriz cultural de su origen. La desorientación en la cual la impronta cultural nos sumerge –si es que lo hace- y a la cual nos somete –si claudicamos-, es consecutiva de un desorden visceral, tanto respecto de la naturaleza como de la gracia.

Por un lado, la aceptación de la creatureidad de la cual somos partícipes lleva implícita la aceptación del orden natural, pues con esa condición de creaturas nos encontramos y de ella desentrañamos su significado e implicancias. Sin embargo, la vacilación en el interés por percibir naturalmente el bien ontológico constitutivo de las cosas mismas y que tiene sus propias exigencias y leyes, y la no distinción explícita entre bien y mal –principalmente el moral-, enturbian la mirada sobre nuestra realidad y el gobierno de nuestros actos, desde una perspectiva que los trascienda y acoja. Qué es bueno y qué es malo para mí mismo queda restringido exclusivamente a la órbita circunstancial de mi propia capacidad decisoria. En la misma línea, a su vez, hay que destacar la vigencia y dramática radicalización práctica del clamor de Pío XII quien, a mediados del siglo pasado, indicaba que «uno de los mayores males del hombre contemporáneo es la pérdida de la noción de pecado». Esta irreverente

²⁸ Cfr. *Audiencia General*, 23/3/1983, n. 2.

²⁹ *Audiencia General*, 23/3/1983, n. 2, y cfr. n. 4.

³⁰ *Mensaje para la Jornada Mundial del Enfermo de 1997*, 18/10/1996.

³¹ Exhortación Apostólica *Christifideles laici*, n. 53, 30/12/1988.

disolución lleva implícita nada menos que la prescindencia de la gracia y la afirmación de su «contingente necesidad».

En este contexto, el sufrimiento por el mal en el orden natural y por el pecado en el orden sobrenatural no es impedido con la excusa de ser evitado, pero sí es trastocado, reducido a sensiblería, a generar una conmoción de impacto emocional. La misericordia y la compasión quedan reducidas al plano de los sentimientos. En el horizonte no se vislumbra un destino de eternidad para el hombre ni un camino de maduración humana significativa de la ofrenda de sí mismo en algún nivel. Paradójicamente, esta «cultura del no-sufrimiento» es una forma de «cultura de la muerte»: una vida sin escatología, un hombre sin Dios, un humanismo inmanentista y ateo sin esperanza. Encierra una concepción errónea de lo que es el hombre, incidiendo directamente en la vivencia de la naturaleza humana individual, que va perdiendo el significado del sentido de la vida a la par de resignar el sentido del sufrimiento. Por eso, el mismo Juan Pablo no dudó en proclamar reiteradamente que «el hombre sin Dios, no es hombre», no lo es ni siquiera naturalmente. Por otra parte, si bien es cierto que el hombre es por naturaleza «*capax Dei*» -como sostiene el Aquinate-, sin embargo no alcanza a Dios si no es por la gracia en la economía de la salvación. En esta dimensión completa el asunto resulta aún más grave.

El Señor nos dijo «Venid a mí todos los que estáis fatigados y cansados, que Yo os aliviaré». La unión a Cristo no impide que suframos, que experimentemos el dolor, al punto de que, para morir, de alguna manera hayamos de parecernos a Él. Pues, con su redención, también «redimió todo sufrimiento humano, dando así sentido a todo el misterio de la existencia humana»³²:

El sufrimiento es particularmente *esencial a la naturaleza del hombre...* porque manifiesta a su manera la profundidad propia del hombre y de algún modo la supera... Parece pertenecer a la trascendencia del hombre: es uno de esos puntos en los que el hombre está en cierto sentido «destinado» a superarse a sí mismo, y de manera misteriosa es llamado a hacerlo³³. Jesús no ha venido a instaurar un paraíso terrestre, de donde esté excluido el dolor. Los que están más íntimamente unidos a su destino, deben esperar el sufrimiento. Sin embargo, éste terminará en alegría... En el designio divino todo dolor es dolor de parto; contribuye al nacimiento de una nueva humanidad... Cristo, al reconciliar al hombre con Dios mediante su sacrificio, lo ha reconciliado con el sufrimiento,... para la creación de un mundo mejor³⁴.

Por eso, el sufrimiento siempre es un misterio, aunque ya no sea definitivo.

María Fernanda Balmaseda Cinquina

³² *Homilía a los enfermos en Papúa Nueva Guinea*, 8/5/1984.

³³ *SD*, n. 2.

³⁴ *Audiencia General*, 27/4/1983, n. 3.

